

¡Bruno, yo también me vacuno!



Este libro se ha realizado gracias al patrocinio de GSK



¿Por qué nos vacunamos? ¿Quiénes se deberían vacunar? ¿Conocemos las enfermedades que se pueden prevenir?

Gracias a la eficacia de las medidas que se han ido introduciendo durante el siglo pasado en el mundo de la salud, todos los ciudadanos, principalmente los de los países desarrollados, hemos mejorado notablemente nuestra salud y con ella, nuestra calidad de vida.

Las vacunaciones son la prueba más concluyente de que, como dice el refrán: “vale más prevenir que curar”.

Con el objetivo de dar a conocer el fascinante mundo de la prevención, hemos creado este cuento, en el que hemos trabajado con mucha ilusión y donde os invitamos a descubrir este viaje apasionante que nos acompaña a lo largo de toda nuestra vida.

Área de Relaciones con Pacientes GSK España

WEEBLEBOOKS

© 2021

Autora: María Jesús Chacón Huertas
Ilustradora: Carmen Ramos
Corrección de texto: Dolores Sanmartín

www.weeblebooks.com
info@weeblebooks.com

Madrid, España, 2021

Código: NP-ES-GVX-PINS-200011 (v4) 11/2022

Prólogo.

Las vacunas son unos medicamentos muy especiales: se administran a personas sanas para prevenir y evitar que se pongan enfermas.

Todos los años, según la UNICEF, se calcula que, al menos, unos tres millones de niños no mueren en el mundo gracias al efecto protector de las vacunas. ¡¡Todo un éxito!!

El libro que tienes en tus manos tiene el formato de un cuento, pero no es un cuento cualquiera. Es una historia entrañable, con rigor científico, que narra las conversaciones en torno a las vacunas de un abuelo con su nieto y, en ocasiones, con la pediatra del niño. A lo largo de la narración se van desgranando y desvelando distintas conversaciones, basadas en la evidencia científica, sobre la importancia de las vacunas como herramientas de salud individual y colectiva.

Cuando me invitaron a que escribiese unas palabras a modo de prólogo del cuento, y una vez que pude leer el manuscrito inicial, comprobé que este cuento, que inicialmente pudo estar pensado para que sólo los niños conociesen de una forma clara y didáctica la importancia de las vacunas en el mundo actual, también podría atraer a todas las personas con interés en profundizar en el apasionante mundo de las vacunas: niños, jóvenes, adultos, padres y abuelos... Espero que todos disfruten con la lectura de este delicioso cuento sobre las vacunas.

Tengo que señalar que este precioso relato, tan bien narrado por su autora, María Jesús Chacón, expresa conceptos a veces complejos con palabras muy fáciles de entender. Además, el cuento viene acompañado de ilustraciones que dan mucha fuerza al texto y a las palabras de los personajes que intervienen en la historia.

Y, si una vez terminada su lectura, quieres conocer otros aspectos de interés de las vacunas, te invito a que continúes con la lectura del epílogo del cuento. Quizá también puedan interesarte algunas cosas que allí se cuentan...

Luis Ortigosa.

Pediatra. Presidente de la Sociedad Canaria de Pediatría de Santa Cruz de Tenerife.

Miembro del Grupo Técnico de Vacunas del Gobierno de Canarias, y Asesor Interno del CAV-AEP (Comité Asesor de Vacunas de la Asociación Española de Pediatría).



Desde muy pequeñito has sido un niño muy especial. Sí, ya sé que estás pensando que todos los abuelos decimos lo mismo, pero no, esta vez no te doy la razón. Me siento tan afortunado por haber compartido contigo tantas conversaciones y tan buenos momentos que ahora, que ya tienes catorce años, ha llegado el momento de darte algo muy especial, algo que llevo planeando desde hace tiempo.

*He de confesarte, eso sí, que he tenido una muy buena cómplice, sin la que hubiera sido imposible terminar mi regalo a tiempo. Bueno, mejor dicho, nuestro regalo. Ojalá no pierdas nunca ese interés que tienes siempre por querer saber un poquito más.
[No lo adivinas, Bruno? Espero que te guste tanto como a nosotros. ¡Creo que ha quedado muy bien! Estoy deseando ver tu cara de sorpresa al verlo...]*

mayo 2017

La semana pasada cumpliste seis añitos y hoy, como papá y mamá están trabajando, te acompañaré yo a la revisión. Esta vez te toca ponerte la vacuna. Recuerdo que estabas tan contento porque faltarías a clase por la tarde que casi se te olvidó que te iban a pinchar. Yo intentaba convencerte de que era bueno para ti, pero tú insistías en que no entendías por qué.

—Pero, abuelo, si no estoy malito, ¿por qué me pinchan?

—A ver, cómo te lo explico... ¿Te acuerdas cuando vimos la semana pasada el partido de hockey sobre hielo?

—Sí, abuelo, fue muy chuli. Los jugadores estaban tan tapados que casi no se veían, ¿a que sí?

—Sí, sí, Bruno. Estaban tan protegidos con el casco y las protecciones que apenas se distinguían.

—Eso es porque así no se hacen daño si chocan, ¿verdad?



—Claro que sí, ¿ves? Pues justo eso es lo que pasa con las vacunas. Igual que el casco protege a los jugadores de hockey o te protege a ti cuando montas en bici, al ponernos las vacunas enseñamos a nuestro cuerpo a defenderse. **Las vacunas nos ayudan a prevenir enfermedades y a protegernos a nosotros mismos y a los que nos rodean.** Por eso es tan importante seguir las pautas que nos indica nuestro médico y vacunarnos. No sé si me explico...

—Sí, abuelo. Quieres decir que igual que los cascos nos ayudan a no hacernos daño, las vacunas son como... ¿si fueran nuestros cascos?

—¡Muy bien, Bruno, eres un chico muy listo!

Justo en ese momento llegamos al consultorio y no hicimos más que sentarnos cuando la enfermera salió a llamar. Nosotros éramos los últimos.

—Pero ¿qué te pasa, pequeño?
—Nada, abuelo, no me pasa nada.

Pero no era verdad, yo sabía que te pasaba algo. No habías dicho ni una palabra desde que entramos, y cuando tú no decías nada significaba que algo no iba bien. Pasaron unos diez minutos hasta que se volvió a abrir la puerta. Nos levantamos de un salto y entramos.

—¡Pero bueno, Bruno, cuánto has crecido, hace mucho que no vienes a verme! —exclamó la pediatra.
—¡Hola...!, como no me pongo malito...
—le contestaste.



—¡Qué bien! Eso es porque eres un niño muy sanote y fuerte. Y tienes muy buenas defensas. Hoy te toca revisión y vacuna: primero, haremos la revisión. Y luego, ya verás que casi ni notarás el pinchazo, será como un pellizquito. Además, con lo bien que te portabas de pequeño...

—¿De verdad, no lloraba?

—No, no, qué va. Recuerdo que la última vez eras tan pequeño que te quedaste mirando fijamente un dibujo que tenía encima de la camilla y, ¡zas!, entonces aprovechamos para pincharte. Venga, Bruno, ve quitándote las zapatillas y súbete aquí para pesarte.

Estaba claro que por mucho que tu pediatra y la enfermera intentaban que te olvidaras del pinchazo, tu cabeza no dejaba de darle vueltas. A cada pregunta que te hacían les contestabas con un simple sí o no, hasta que por fin te atreviste a soltar lo que estabas pensando:

—¿Y si no me vacuno, abuelo?
Me ha dicho que estoy fuerte, que tengo muchas defensas...

Entonces nos miramos los tres sonriendo y justo cuando te iba a responder, tu pediatra, la doctora Alegría, me lo impidió:

—¡Tengo una idea! Como eres el último paciente de la mañana y tenemos tiempo..., ¿quieres que te cuente una historia?

—Sí. Abuelo, ¿puede?

—Por supuesto que sí.

—Ya verás, es una historia basada en hechos reales.

—Eso significa que es... ¿de las de verdad?

—Sí, sí, Bruno, me pasó a mí cuando era joven...



Ocurrió el verano que cumplí diecinueve años. Justo cuando acabé el primer año de universidad...

Mis amigas y yo llevábamos más de un año planeando un viaje a la India. Nos encantaba leer sobre su cultura. Adorábamos el té, nos atraían sus costumbres, sus bailes... Era el viaje ideal para nosotras, así que lo organizamos con toda la ilusión del mundo.

Todas sabíamos que nos tendríamos que vacunar, pero una de mis amigas dudó hasta el último momento. Decía que no era tan importante vacunarse porque en España ya nos vacunábamos. Yo intenté convencerla, contándole lo que me explicaba mi médico: «Nuestro cuerpo no está acostumbrado a algunas enfermedades que existen en la India, así que debemos fortalecerlo y protegerlo para prevenir posibles enfermedades».

Al final, como te imaginas, no la convencimos y nos vacunamos todas, excepto María. ¿Y sabes qué pasó? Pues que no disfrutamos de nuestro soñado viaje porque María se puso malita y tuvimos que llevarla al hospital. Estuvo pachucha casi una semana, le dolía todo el cuerpo y tuvo fiebre. Afortunadamente, se recuperó y pudimos regresar a casa sanas y salvas.

—¿Ves, Bruno?, ¿entiendes ahora lo importante que es vacunarse? Antes de hacer un viaje a otro país debemos comprobar que nos hemos puesto todas las vacunas que nos recomienda el médico.

—Sí, doctora, lo he entendido... Entonces, ¿me puede poner hoy muchas vacunas?

—¡Ja, ja, ja!

—No, pequeño, no. Tenemos que seguir unas pautas de vacunación, **cada vacuna a su tiempo**, Bruno. Aunque tú no te acuerdes, ya te hemos puesto muchas. ¿Has traído tu cartilla? ¿Me la enseñas? Fíjate, aquí lo tienes apuntado. Empezamos a vacunarte cuando sólo tenías dos meses, siguiendo las recomendaciones oficiales de las Autoridades Sanitarias. Pero eso ya te lo contaré otro día. Ahora, seguimos con la revisión...

Estabas escuchando a tu médico con tanta atención que, una vez más, la enfermera aprovechó entonces para pincharte. Tenía razón. Lo hizo tan bien que apenas soltaste un leve “¡ay!” y ya está.



Cuando la enfermera comprobó que estabas perfectamente y que no tenías ninguna reacción adversa, entonces nos dejó marcharnos a casa.

—Abuelo, ¿a que ahora estoy más fuerte?
— Sí, sí, Bruno. Ahora es como si llevaras el casco puesto siempre, ja, ja, ja.

Desde entonces, raro era el día que no nos preguntabas algo relacionado con las vacunas. Tenías tanta curiosidad por saber dónde se hacen, quiénes y cómo las hacen, si todos los niños del mundo se vacunan... que tus padres y yo nos documentábamos como podíamos para tratar de contestar a tus preguntas. A veces, cuando me preguntabas algo que no sabía responder, aprovechaba para contarte lo que yo había vivido.



—¿Sabes qué, Bruno? Tenemos mucha suerte porque nos ha tocado vivir en una época en la que existen las vacunas. Sin duda, **son uno de los mejores inventos del hombre**. Cuando yo era joven solamente podíamos protegernos de algunas enfermedades.

—¿Sólo de algunas?

—Sí, sí, ahora nos protegemos de muchas más. Mira mi brazo, ¿ves esta pequeña señal? Es de una vacuna. Tus padres también la tienen, ¿la has visto?

—¡Es verdad, es igualita!

—Antes venían al cole a ponernos las vacunas. Imagínate, para nosotros sí que era una novedad. Ya sabes que cuando yo tenía tu edad no había internet. Entonces no teníamos tanta información como ahora. Recuerdo que una de las veces que vinieron al cole la enfermera trató de tranquilizarnos explicándonos en la pizarra en qué consistía una vacuna. Lo hizo tan bien que lo recuerdo como si fuera ayer.

—¡Porfi, cuéntamelo, abuelo!



—Espera, ¿tienes papel y lápiz? Yo también prefiero dibujártelo. A ver si me explico tan bien como ella. Verás, nos contó que las vacunas contienen los gérmenes, dormidos o debilitados, que causan la enfermedad contra la que nos vacunamos. Así, mientras esos gérmenes duermen, nuestro cuerpo los va estudiando y, poco a poco, va creando una especie de escudo para protegernos.

¿Y qué pasaría si esos gérmenes despertaran? Pues que ese escudo nos defendería de ellos.

Por eso es tan importante vacunarnos. En el caso de que nos contagiáramos de alguna enfermedad, si ya nos hemos vacunado contra ella, no acabaríamos yendo al hospital porque ya hemos entrenado a nuestro cuerpo para que se defienda él solito.

—Claro, eso es lo que le pasó a María, la amiga de mi pediatra, ¿a que sí? Como no se quiso vacunar, acabó en el hospital.

—¡Claro, pequeño, eso es!

—¿Sabes qué, abuelo? Ya sé lo que quiero ser de mayor.

—Pero si aún falta mucho para eso...

—Ya, pero lo sé. De mayor quiero ser de los que hacen las vacunas, ¿cómo se llaman? Vacu, vacu..., ¿vacunistas?

—¡Ja, ja, ja, esa palabra no existe! Los que hacen las vacunas son los científicos o los especialistas en biología, por ejemplo. No te creas que las vacunas se fabrican de un día para otro, ¿eh? Hacer una vacuna puede costar muchos, pero que muchos meses o incluso años. Dentro de unos años, cuando vayas al instituto estudiarás biología. ¡Ya verás, estoy seguro de que te va a encantar, Bruno!



Mayo 2019

—Abuelo, la doctora Alegría me ha preguntado hoy por ti. Como hace mucho que no te ve...

—Es verdad, no sé..., ¿cuándo fue la última vez que nos vimos? La próxima vez te acompañaré yo al médico, ¿vale?

—¡Sí, porfi! Abuelo..., y si cuando tú eras pequeño había sólo algunas vacunas, entonces ¿a tus padres los vacunaron alguna vez?

—Sí, alguna vacuna les pusieron. Mi padre me contaba que antes había muchas enfermedades contagiosas que provocaron miles y miles de muertes por todo el planeta. Afortunadamente, hoy en día tenemos vacunas disponibles para esas enfermedades. Recuerdo que siempre me hablaba de la viruela. Me decía que había sido una de las epidemias más antiguas y, sobre todo, una de las peores porque había causado millones de muertes infantiles. Menos mal que los científicos lograron descubrir la vacuna contra la viruela y gracias a ella hemos conseguido erradicarla.



—¿Erradicar quiere decir que ha desaparecido, abuelo?

—Sí, pequeño, sí. Gracias a las vacunas ni existe ya la viruela ni muchas otras enfermedades que conviven con nosotros.

—¡Qué bien, abuelo! Pero, y... ¿qué pasaría si dejáramos de vacunarnos?

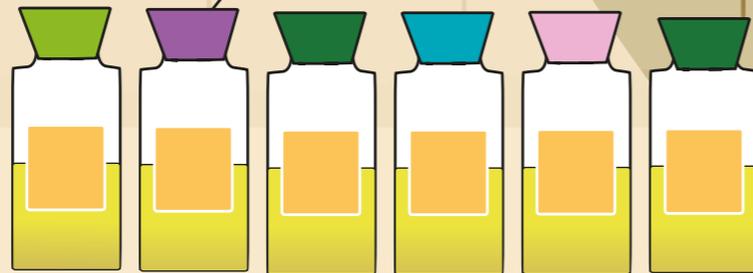
—Pues que volverían a aparecer brotes de esas enfermedades que ya no existen y volverían a causar de nuevo miles de muertes innecesarias. Pero aún hay algo peor que una epidemia...

—¿Peor todavía?

—Sí. Imagínate que en unos años apareciera una enfermedad nueva y que fuera muy contagiosa. Y que se extendiera por todos los países con tanta rapidez que fuera imposible frenar su propagación. Entonces no hablaríamos de una epidemia, en ese caso hablaríamos de una **pandemia**. En España, hace ya casi un siglo, vivimos una pandemia horrible, la de la gripe, en la que también murieron millones de personas.

—¡Jo..., abuelo! Tus padres vivieron esa pandemia, ¿no?

—¡Claro que la vivieron, Bruno! Pero vamos, que en cualquier momento podrían volver a surgir enfermedades contagiosas que provocaran otra pandemia como la de entonces. Que hayan pasado ya no quiere decir que no vuelvan a pasar.



—¿De verdad?, ¿crees que podríamos vivir una pandemia ahora, abuelo?

—¡Claro que lo creo, pequeño! Pero bueno, no tentemos a la suerte... Hablando de la gripe, ¿sabes que las personas mayores nos ponemos una vacuna de la gripe todos los años en otoño?

—No, no lo sabía. Pero... ¡si tú no eres mayor, abuelo!

—¡Eso es lo que yo quisiera! ¡Ja, ja, ja!

—¿Y a los niños no nos vacunan contra la gripe?

—Pues algunos países sí que lo recomiendan, pero no todos. Tú eres joven y tus defensas son tan jóvenes como tú. ¿Ves mis arrugas, Bruno? Mi piel se arruga porque me hago mayor. Pues a mi organismo le pasa lo mismo, también se hace mayor. Mi sistema inmunitario, o lo que es lo mismo, mis defensas, van envejeciendo poco a poco, de forma que cuando me ataca un virus o una bacteria mi cuerpo ya no responde tan rápido como cuando era joven. Por eso a los mayores nos recomiendan vacunarnos contra la gripe, para estar sanos y fuertes como tú.

—Yo no quiero que te pongas malito, abuelo. Vacúnate cuando te lo diga tu médico, ¿vale?

—¡Je, je, je! Claro que sí, ya sabes que siempre sigo las pautas que me indica mi médico, Bruno.





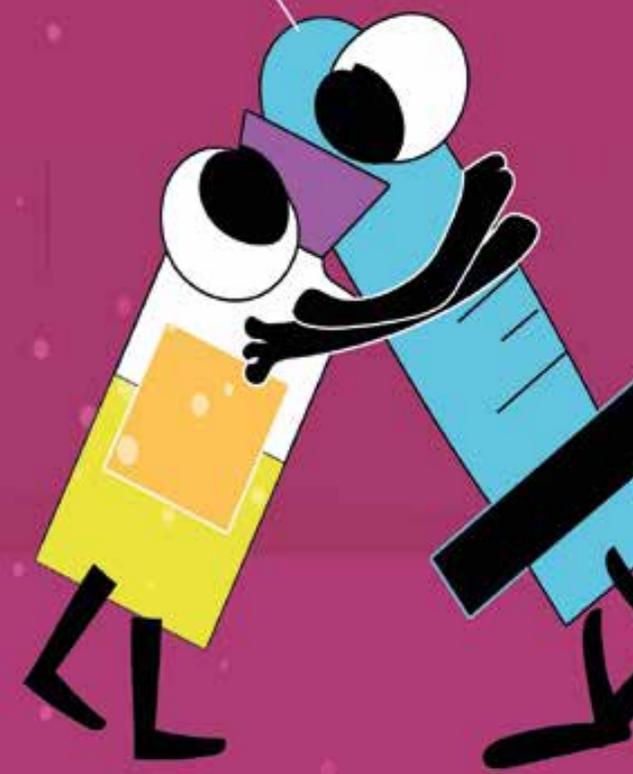
Mayo 2021

La semana pasada cumpliste diez años. ¡qué mayor te haces, pequeño! Hoy sí que me toca acompañarte a la revisión porque papá tenía que trabajar y mamá debía ir al médico. Esta vez voluimos a tener la consulta a última hora de la mañana. Sigues siendo un niño tan sano y tan fuerte que apenas visitas a tu pediatra...

—¿Sabes que hoy no me toca ponerme ninguna vacuna, abuelo?
—Ya, me lo dijo papá anoche. Hoy sólo revisión. Ya me he vacunado yo por ti.
—¡Es verdad! Ya te has vacunado de la COVID-19, abuelo. ¡Qué valiente! Mis amigos dicen que soy un pesado porque siempre presumo de que has sido uno de los primeros en vacunarte.

—Bueno, Bruno, tampoco es para tanto. En ningún momento dudé de hacerlo. Ya sabes que siempre te digo que **las vacunas son los medicamentos más seguros que existen**. Pues si no me hubiera puesto la vacuna de la COVID-19, no sería coherente con lo que te digo, ¿no? Confío plenamente en las vacunas. Era lo mejor para mí y para los demás...
¿Recuerdas cuando te decía que podríamos vivir una pandemia?

—Sí, abuelo, no me lo podía creer. De mayor contaré cómo la hemos vivido igual que tú me contaste lo de tus padres. ¡Menos mal que los científicos de todo el mundo aceleraron el proceso de fabricación de la vacuna!



—Sí, Bruno, menos mal. Pero que lo aceleraran no quiere decir que sea de mala calidad o poco segura, ¿eh? Jamás se comercializa una vacuna hasta que se ha comprobado una y mil veces que es de calidad, segura y eficaz. Esta pandemia se ha frenado gracias a esas vacunas, pero no olvides nunca que, tal y como indican las Autoridades Sanitarias, **las vacunas son necesarias durante toda la vida**. ¿Sabes que las señoras embarazadas también se vacunan?

—¿Ah, sí? No lo sabía. Entonces, ¿a mamá la vacunaron?

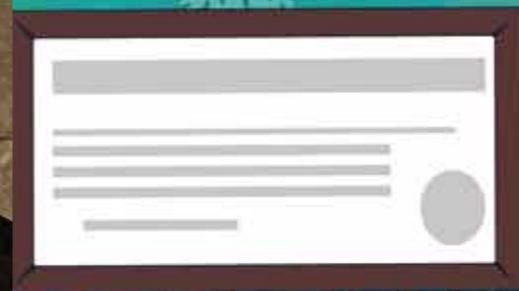
—Sí, claro, a tu madre la vacunaron cuando tú estabas en su tripa, por eso fuiste un bebé tan sano.

—¿Eeeh, eso qué tiene que ver?

Reconozco que no sabía muy bien cómo explicarte qué tenía que ver, pero como en ese instante la enfermera nos llamó, enseguida se me ocurrió la solución.

—¡Venga, Bruno, nos toca! ¿Y si le pedimos a tu pediatra que nos explique qué tiene que ver? Seguro que lo hará mejor que yo.

—¡Vale, abuelo!



La doctora Alegría se acercó a saludarte desordenándote cariñosamente el pelo. ¡Cómo se nota que adora su trabajo!

—Pero, Bruno, ¡qué alto y qué guapo estás!
—¡Hola, doctora, gracias! —le contestaste un poco sonrojado—. Ya sé que hoy no me toca vacuna, pero ¿puedo hacerle una pregunta?

Bueno, mejor dos.

—¡Ja, ja, ja!, claro que sí, Bruno. Las que quieras. Eres el último de la mañana, así que soy toda tuya.

—Es que mi abuelo dice que yo estoy tan fuerte porque mi mamá se vacunó durante el embarazo. Y no lo entiendo.

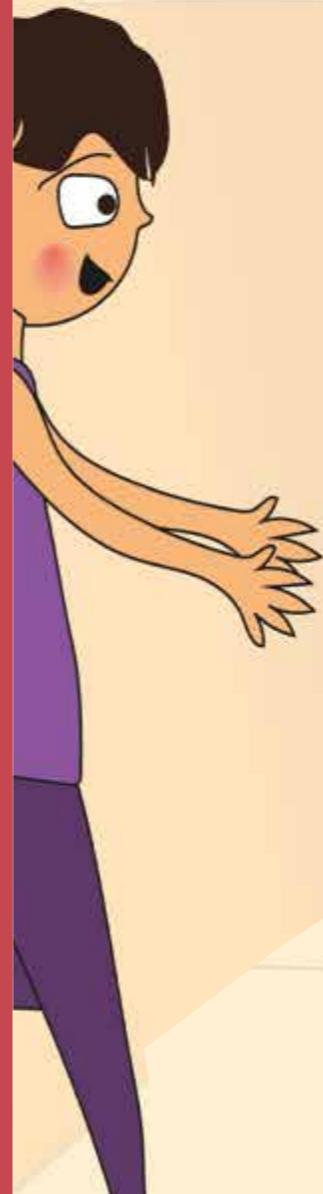
—Ahora te lo explico, Bruno. Cuando vacunamos a las futuras mamás durante el embarazo conseguimos que la sangre materna tenga más defensas. ¿Sabes cómo llamamos también a esas defensas?

—Sí, se llaman anticuerpos. Nos lo explicó el otro día la profe de ciencias.

—¡Muy bien, Bruno! Cuando vacunamos a tu madre embarazada, te pasamos a ti parte de sus defensas. Y esas defensas son las que te protegieron de posibles infecciones graves durante los primeros meses.

—Entonces, ¿todavía tengo esas defensas que me pasó mamá?

—Buena pregunta, Bruno. No, no. Esos anticuerpos desaparecieron cuando tenías entre seis y doce meses. Ya sabes que tu primera vacuna te la pusimos a los dos meses. ¡Vamos a echar un vistazo a tu cartilla!, ¿la tienes por ahí?



La doctora Alegría te explicó una a una las vacunas que ya te habías puesto y las que aún te faltaban.

—Entonces casi todas nos las ponemos cuando somos pequeños, ¿no?

—Sí, la mayoría durante los dos primeros años de vida. ¿Por qué? Pues porque al vacunarnos antes de los dos años, además de protegeros a vosotros de posibles infecciones, también evitamos que contagiéis a otros niños en la guardería, por ejemplo...

—Pues cuando yo iba a la guardería...

De repente, alguien tocó la puerta. Aunque la enfermera dijo «adelante», no entró nadie, así que se acercó ella a abrirla.

—¡Mami, qué bien! —exclamaste dándole un buen beso.

—¡Pase, llega usted a tiempo!





—Siento interrumpir así, pero he terminado la consulta antes de lo previsto y he decidido acercarme.

¿Habéis terminado ya?

—¡No, si aún no hemos empezado la revisión! Hace un momento estábamos hablando de usted...

—¿De mí?, ¿y eso?

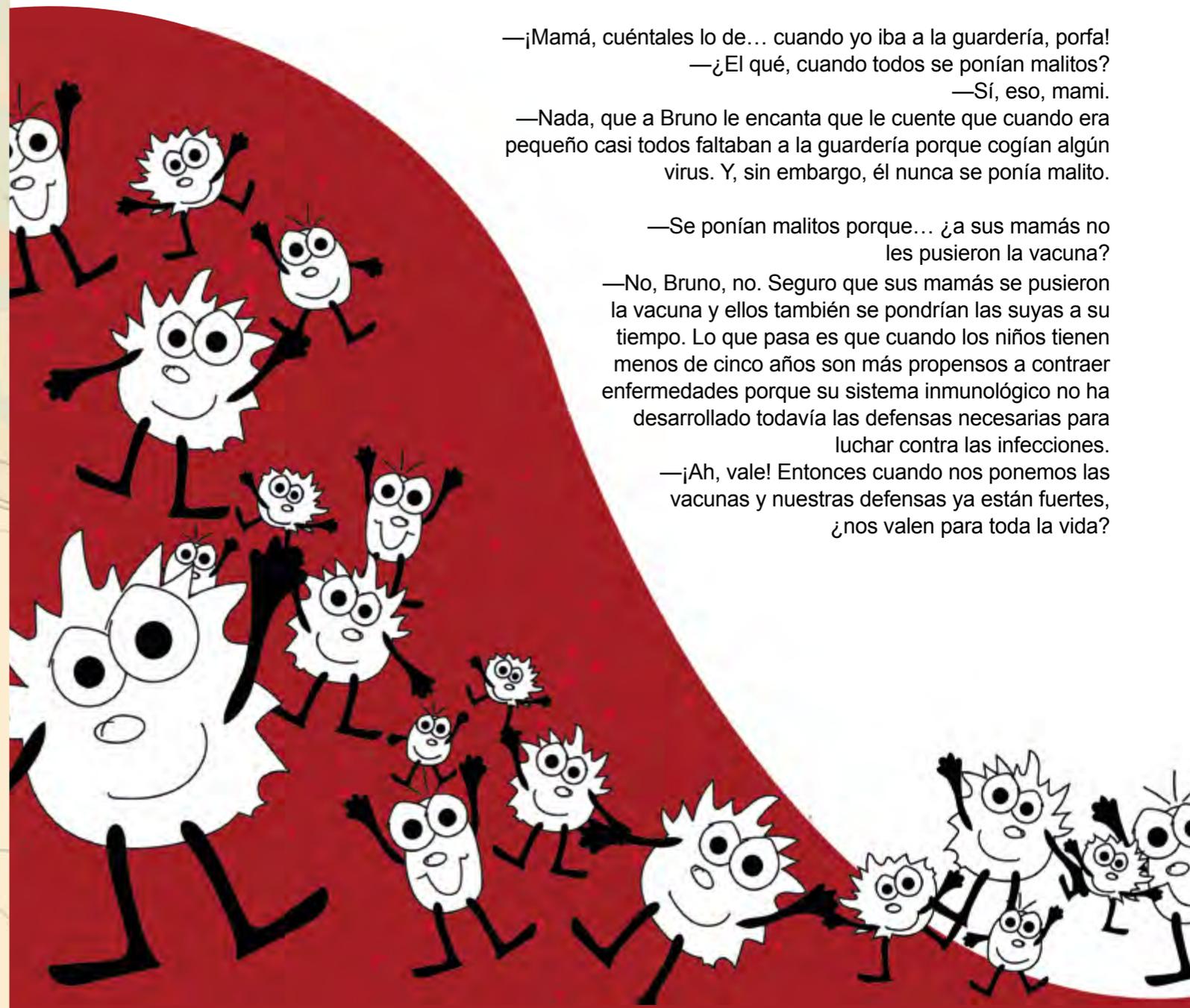
—Pues, ya sabe, su hijo y su entusiasmo por las vacunas.

—Pero Bruno, hijo, no seas tan pesado. De pequeño no paraba de decirnos que de mayor quería ser *vacunista*, ¿a que sí, papá?

Tu pediatra y la enfermera rompieron a reír al oír esa nueva profesión. Al principio, te avergonzaste un poco del comentario de mamá, pero luego terminaste riéndote con nosotros.

—¡Eso era hace mucho, hija! —te defendí guiñándote un ojo.

—¡Tienes razón, papá! El caso es que mi hijo, ya lo conoce usted, doctora Alegría, siente tanta curiosidad por todo que, al final, acabará siendo, pues lo que él quiera, claro.



—¡Mamá, cuéntales lo de... cuando yo iba a la guardería, porfa!

—¿El qué, cuando todos se ponían malitos?

—Sí, eso, mami.

—Nada, que a Bruno le encanta que le cuente que cuando era pequeño casi todos faltaban a la guardería porque cogían algún virus. Y, sin embargo, él nunca se ponía malito.

—Se ponían malitos porque... ¿a sus mamás no les pusieron la vacuna?

—No, Bruno, no. Seguro que sus mamás se pusieron la vacuna y ellos también se pondrían las suyas a su tiempo. Lo que pasa es que cuando los niños tienen menos de cinco años son más propensos a contraer enfermedades porque su sistema inmunológico no ha desarrollado todavía las defensas necesarias para luchar contra las infecciones.

—¡Ah, vale! Entonces cuando nos ponemos las vacunas y nuestras defensas ya están fuertes, ¿nos valen para toda la vida?

—Bruno, hijo, vale de preguntas, que ya es muy tarde.

—No se preocupe, es mi último paciente. Le dije que me podía preguntar lo que quisiera.

—¡Hábleme de tú, por favor! Si ya somos casi familia, ja, ja, ja. Cuando acabemos la consulta, me gustaría decirles algo importante, ¿vale?

—Lo mismo digo, ya nos conocemos lo suficiente como para tutearnos. ¿Nos lo cuentas ahora? —le respondió la doctora a mamá.

—No, no, ahora no. Luego, cuando terminemos.

—¿Estás bien, hija?

—¡Sí, papá, estoy fenomenal!

—A ver, Bruno, respondo a tu pregunta. No, no valen para toda la vida. Algunas de las vacunas que nos ponemos de pequeños no suponen una inmunidad duradera, es decir, no nos valen para toda la vida. Para que sigan teniendo efecto **hemos de seguir unas pautas de vacunación**, volviéndonos a pinchar una dosis que refuerce sus efectos. Si no lo hiciéramos así, volveríamos a tener riesgo de enfermarnos. Enséñame tu cartilla, vamos a ver algún ejemplo. Hum..., ¿ves? Fíjate aquí, siguiendo las recomendaciones oficiales, te pusimos una dosis de la varicela cuando tenías quince meses y otra cuando tenías cuatro añitos.

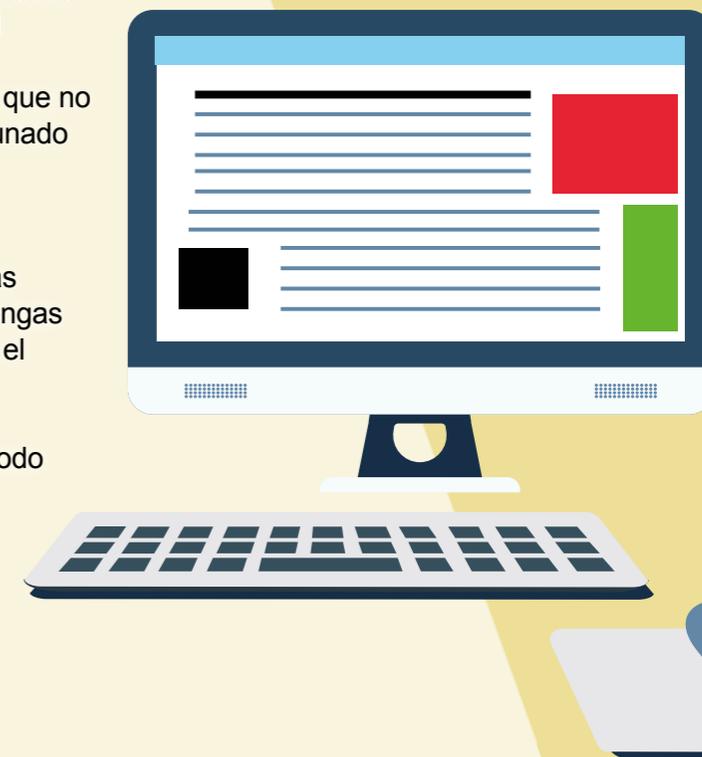


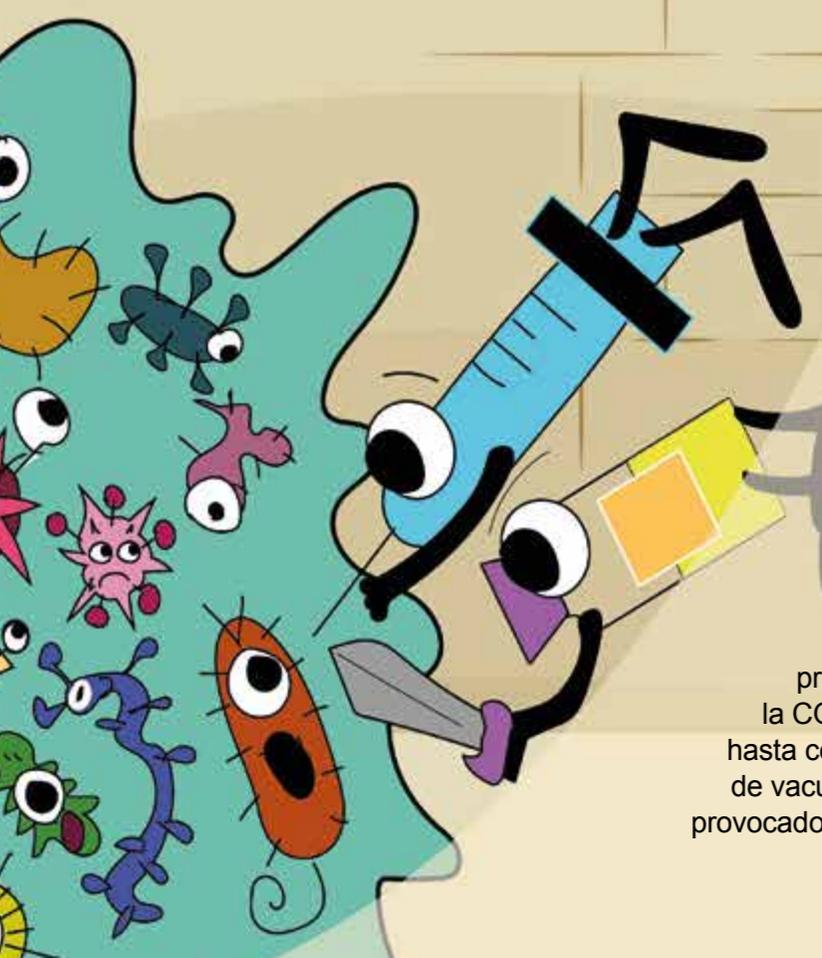
—Y si alguna vez me retraso cuando me toca ponerme una vacuna, ¿me pasaría algo?

—No, no te pasará nada. Aunque siempre te digo que cada vacuna a su tiempo, la mayoría de las vacunas se pueden poner a cualquier edad y, si se nos olvida alguna dosis, no tendríamos que empezar de nuevo porque nos seguirían haciendo efecto, aunque haya pasado más tiempo del recomendado. Nos la pondríamos y ya está.

—Es que el otro día busqué en internet y leí que no nos podemos vacunar si no nos hemos vacunado cuando nos toca.

—Así que le consultaste al *Dr. Google*, ¿eh, Bruno? Luego te apuntaré dos páginas en las que podrás consultar todas las dudas que tengas sobre vacunas, ¿vale? Fíjate si es peligroso el *dr. Google* que si no llegas a hacerme esa pregunta, te habrías creído lo que has leído. Que el señor Google tenga respuesta para todo no quiere decir que diga siempre la verdad, pequeño. Hay que saber dónde buscar la información, nunca lo olvidas.





Mientras la doctora Alegría apuntaba en un papelito las dos direcciones de internet que te dio, tu madre no paraba de gesticularme impaciente para que cortara ya la conversación. Y eso hice:

—Bueno, Bruno, seguiremos hablando otro día, ¿vale? Le habías dicho a la doctora un par de preguntas y ya van unas cuantas más, ja, ja, ja.
—¡Uy, es verdad, lo siento!

—No te preocupes, pequeño, a mí también me encanta hablar de las vacunas. Sí que es un poco tarde, sí. ¡Venga, vamos a la revisión! Sólo una cosilla más: no dudes nunca de que las vacunas son medicamentos muy seguros. Incluso cuando las circunstancias obliguen a acelerar su proceso de fabricación, como el que hemos vivido con la COVID-19, los países no la suministran a la población hasta cerciorarse de su seguridad. Claro que, como el resto de vacunas, las vacunas frente a la COVID-19 también han provocado leves reacciones adversas, como un poco de fiebre o un leve dolor en la zona del pinchazo.



—¡Mami! ¿Yo he tenido fiebre alguna vez?
—¡No, Bruno! Nunca has tenido ninguna reacción adversa.
—¡Eso es lo normal, Bruno! ¡Hala, y ahora la revisión! Ve quitándote las zapatillas y súbete aquí para pesarte.

Había sido una consulta tan intensa que fue justo en ese momento cuando decidí que todas estas conversaciones no debían desaparecer nunca. Yo no quería olvidarlas y me ilusionaba pensar que a ti también te gustaría recordarlas siempre. Así que me decidí a hacerlo, aunque para ello necesitaría la ayuda de alguna persona experta. Y, claro, sin duda alguna, esa experta era tu pediatra. Hablaría con ella al terminar la consulta.

—¡Bueno, Bruno, estás perfecto! Sigue así y no tardes tanto en venir a verme, ¿vale? Cuando quieras, seguiremos hablando de vacunas...

—¿Usted es... científica, doctora?

—No, Bruno, qué va. Lo que pasa es que a mí, como a ti, también me gusta mucho este tema. Tú sí que te vas a convertir en un gran científico, como sigas así.

—¡Ojalá, me encantaría! —dijiste orgulloso.

—¡Gracias por todo, doctora! Bueno..., y ahora que hemos terminado, os doy la buena nueva...

—¡Es verdad!, ¿para qué has ido al médico, mamá?

—¿Es que no se me nota en la cara? Ya te encargarás tú de que tu hermanito no tenga miedo a las vacunas, ¿a que sí, Bruno?

—¡Hija! Pero ¡qué alegría más grande! Otro nieto o... nieta, ¡quién sabe!

—¿En serio, mami?, ¡un hermanito!

—¡Enhorabuena! —exclamaron la enfermera y tu pediatra.

—Le pondremos todas las vacunas necesarias para que esté tan sano y fuerte como tú, Bruno —te indicó la enfermera.

—¡Claro! Y, mamá, acuérdate que tú también te tienes que vacunar para pasarle fuerzas a mi hermanito, ¿eh? ¿Podré ir contigo?

—No, no. Tú tendrás que ir a clase.



Mamá y tú salisteis la mar de contentos de la consulta. Os dije que me esperaseis fuera porque yo debía hablar con la doctora Alegría de un asunto personal. En cuanto le conté mi plan, enseguida se ofreció a ser mi cómplice.

—¡Es una excelente idea, menuda sorpresa! ¡A Bruno le va a encantar!

—Creo que es una buena manera de que nuestras conversaciones no caigan en saco roto. Bruno tendrá un bonito recuerdo, ¿no le parece?

—¡Claro que sí!

—Entonces yo lo voy escribiendo en papel y luego usted lo revisa y lo pasa a ordenador. Ya sabe que esto de la tecnología no es mi fuerte. ¿Quedamos así, pues?

—¡Perfecto, cuente conmigo para lo que necesite! Le dejo mi tarjeta, aquí abajo está mi teléfono. Ya sabe que los viernes a última hora es buen día para quedar, pero por si acaso, llámeme antes.

—¡Así lo haré! Pero, por favor, hábleme a mí también de tú, que si no parezco un abuelo, ja, ja, ja. ¡Ah! Y gracias por ayudarme, doctora. ¡Hasta pronto!

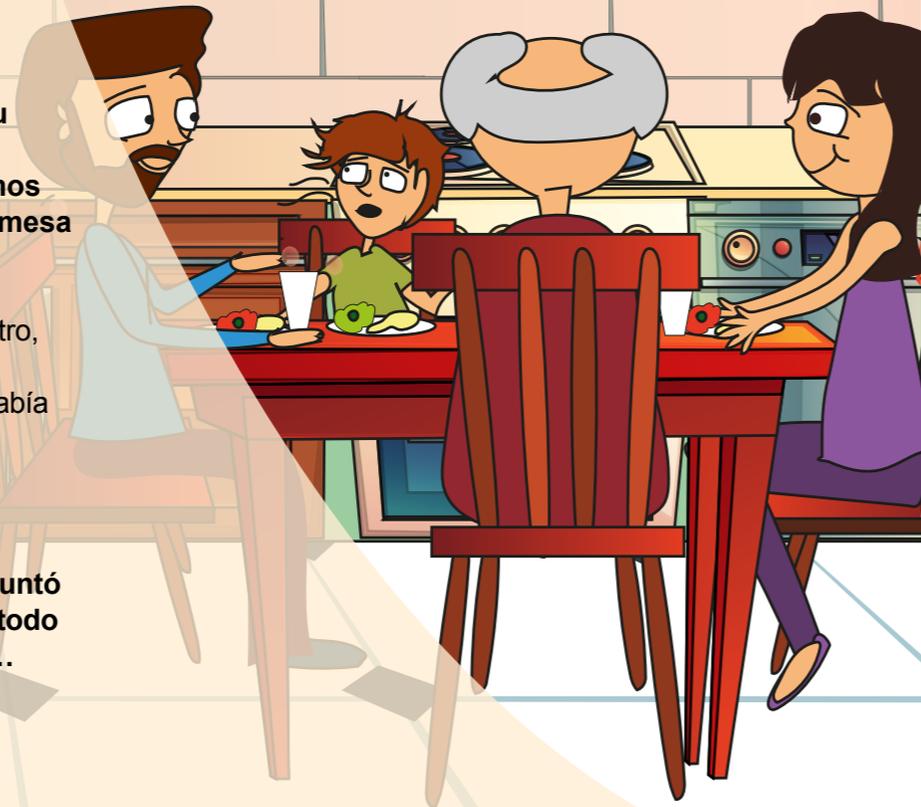
Nos fuimos a casa en el coche de mamá. Tu padre nos llamó porque era tarde y estaba preocupado. Le extrañaba que no hubiéramos llegado a casa todavía. Había preparado la mesa para los cuatro...

—Papá, que te has equivocado. No somos cuatro, ¡somos cinco!

—¡Ja, ja, ja! Es verdad, pensaba que no os lo había contado mamá aún.

—¡Sí! Al final ha venido al médico con nosotros y nos lo ha dicho. ¡Hum..., qué hambre tengo!

Cuando empezamos a comer y papá te preguntó qué tal la revisión, tú te pusiste a explicarle todo lo que habías aprendido sobre las vacunas...



Mayo 2025

La semana pasada cumpliste catorce años. Recuerdo que nuestras conversaciones sobre las vacunas empezaron cuando tan sólo tenías seis añitos. Quién nos iba a decir entonces, Bruno, que estábamos a punto de vivir una nueva pandemia. Por supuesto, después de la COVID-19, tu interés por el mundo de las vacunas se multiplicó aún más. No te cansas de leer e investigar por tu cuenta. Siempre quieres saber más. Estás a punto de acabar tu segundo año de instituto, y ya eres casi un experto en vacunas.



Tu profe de ciencias está encantado contigo. No para de repetirle a mamá que si vas a llegar muy lejos, que si serás un científico de renombre... Mientras tanto, tu pediatra y yo seguimos adelante con nuestro plan. El otro día decidimos que te lo daríamos el día que te pusieras la vacuna de los catorce años. ¡Ese era el momento idóneo! Y tú, mientras, para no perder la costumbre, seguías como siempre: en cuanto podías, buscabas un hueco para contarme...

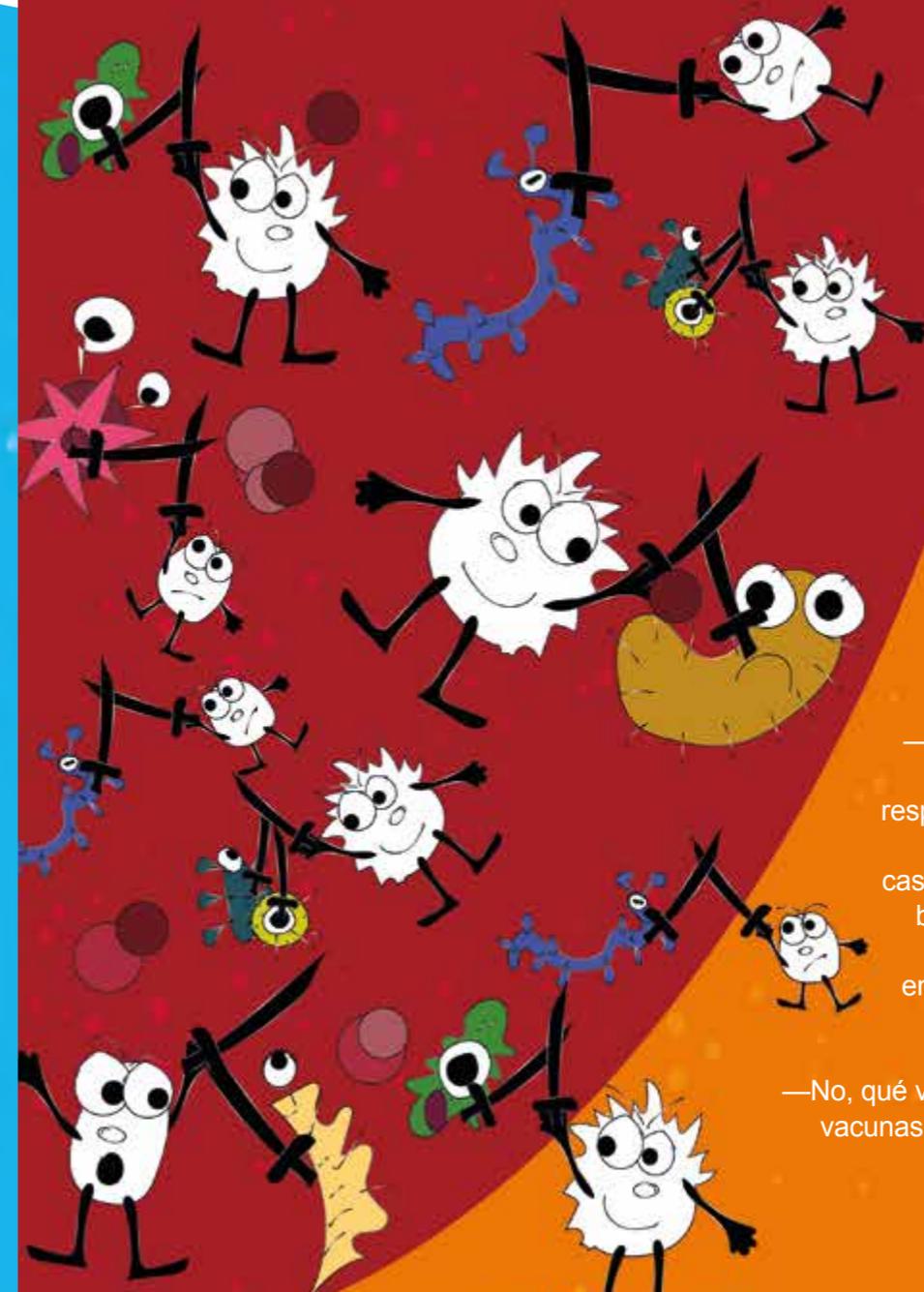
—¡Abuelo, ven, mira lo que pone aquí! —me dijiste señalando la pantalla del ordenador—. ¿Te acuerdas de aquel cuento que me contaste cuando era pequeño?

—¿Qué cuento, Bruno? Te he contado tantos...

—El que te contaron a ti en el cole: que las vacunas son unos gérmenes malos dormidos o muy débiles que meten en nuestro cuerpo...

—¡Ah, el que nos contó la enfermera!

—¡Sí, ése! ¿Ves? Es lo mismo que pone aquí: cuando un virus o una bacteria entra en nuestro cuerpo, se multiplica y ataca a las células, produciendo una infección. Entonces el organismo, al reconocerlo como un cuerpo extraño, hace que nuestro sistema inmunológico active sus mecanismos de defensa hasta que los anticuerpos lo identifican y destruyen las células infectadas. Esos gérmenes malos eran los virus o las bacterias...



—¡Claro! Cuando te lo conté tendrías seis o siete añitos. Si no te lo hubiera explicado así, con lo de los gérmenes, no te habrías enterado de nada. Eras muy pequeño para entenderlo.

Pero ¿esa página es segura, Bruno?: ¿es del Dr. Google o de la Dra. Alegría?

—Ja, ja, ja, ¡qué gracioso! Sólo busco en las páginas que me indicó mi pediatra. ¿Y sabes lo de la memoria, abuelo?

—¿Qué es lo de la memoria, Bruno? ¡Creo que tampoco me acuerdo, ja, ja, ja!

—Me refiero a que el sistema inmunológico tiene memoria, ja, ja, ja.

—Bueno, algo sé...

—¿Te lo explico? Verás..., sabemos que cuando nos ataca un virus por primera vez nuestra respuesta inmune es lenta. Lo bueno es que como nuestro cuerpo recuerda a sus enemigos, en el caso de que nos volviera a atacar el mismo virus o bacteria, nuestro sistema inmunológico actuaría mucho más rápido y el cuerpo eliminaría al enemigo antes de desarrollar la enfermedad. Por eso son tan importantes las vacunas.

¿Te he liado mucho?

—No, qué va, al contrario. Lo que quieres decir es que las vacunas simulan una infección para entrenar al sistema inmunológico, ¿no?



—Eso es, abuelo. Las vacunas aprovechan la memoria del sistema inmunológico. Lo que pasa es que esos anticuerpos a veces pierden su fuerza con el paso del tiempo. Y es entonces cuando necesitamos las vacunas de refuerzo, como la que me toca a mí ahora, a los catorce.

—¿Y cuándo tienes que ir a ponértela?

—Me dijo mamá que la semana que viene. Ya sabes, iré a última hora, abuelo. ¿Vendrás conmigo? Mamá tiene que ir a recoger a Nicolás.

—¡Claro que iré! Además, tengo que ultimar algunas cosillas con tu pediatra.

—¿Qué cosillas?

—No, no. Nada, asuntos nuestros.

—¡Vale, abuelo! Por cierto, ¿te he dicho que la doctora Alegría me está ayudando a hacer un trabajo?

Por supuesto que lo sabía, pero disimulé como pude. Me hice el remolón para no levantar sospechas.

—No, no me lo habías contado. ¿Y eso?

—Es que en clase de ciencias tenemos que hacer un trabajo en grupo sobre «Los grandes inventos» y he convencido a mis amigos para hacerlo sobre las vacunas.

—¡Buena elección, claro que sí! Ya sabes que para mí las vacunas son uno de los grandes inventos del hombre.

De hecho, **yo diría que son la mejor medicina preventiva que existe.**



MEDICINA PREVENTIVA

—Sí, abuelo, ya, me lo has dicho muchas veces. Nos hemos dividido el trabajo y yo casi he acabado mi parte. Aunque, claro, como yo sé más que los demás, me ha tocado lo más difícil.

—¿Difícil para ti? No me lo creo, si tiene que ver con las vacunas, para ti no hay nada difícil.

—Bueno..., ¡menos mal que tengo el apoyo de la doctora Alegría!

—Es que la doctora es una excelente pediatra, Bruno. Ojalá todo el mundo confiara tanto en su pediatra como lo hemos hecho nosotros.

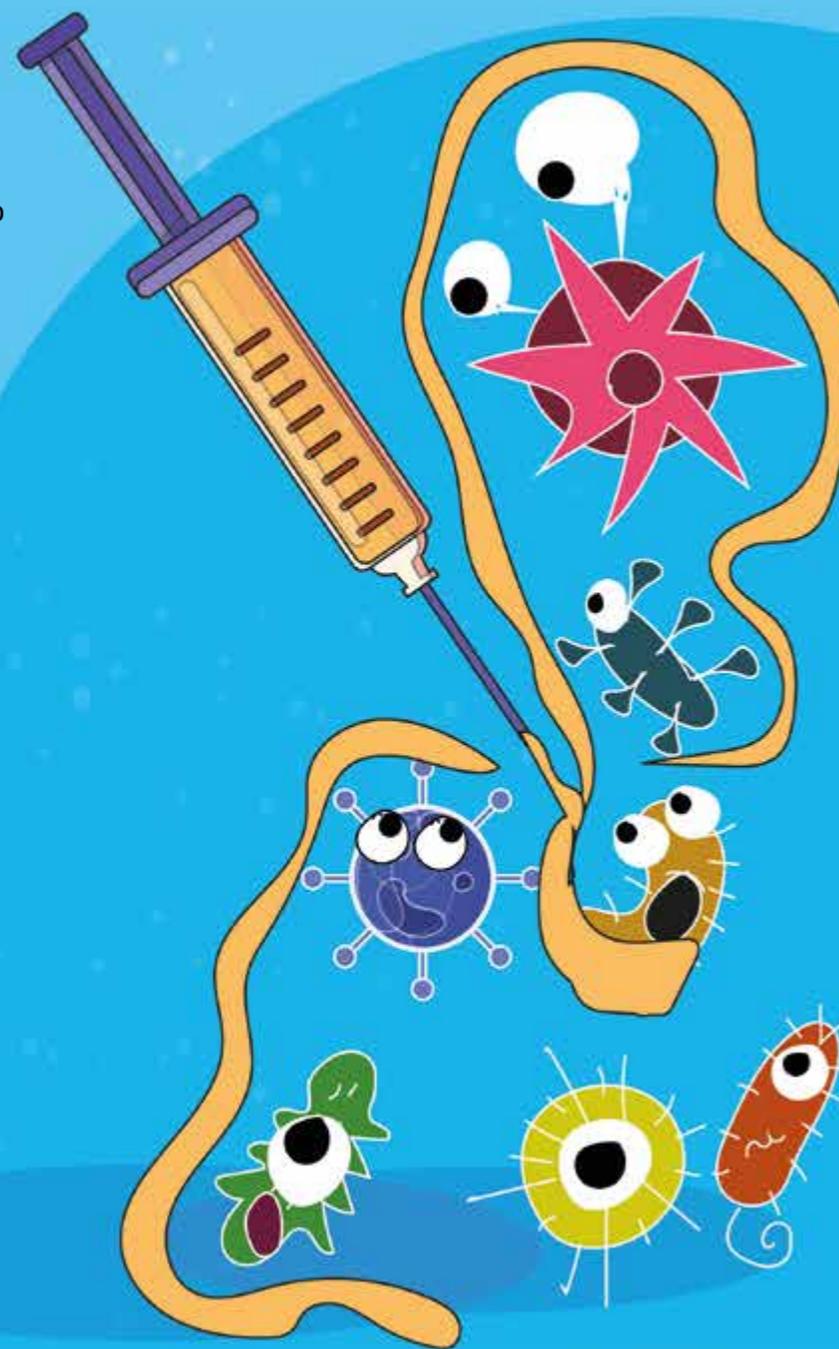
—Tienes razón, abuelo. ¿Te digo lo que me ha tocado en el trabajo?

—Sí, claro, soy todo oídos.

—Pues tengo que hablar de los portadores, las cepas, el proceso de desarrollo de una nueva vacuna, los ensayos clínicos...

Y también de los adyuvantes.

¿Habías oído alguna vez una palabra tan rara?

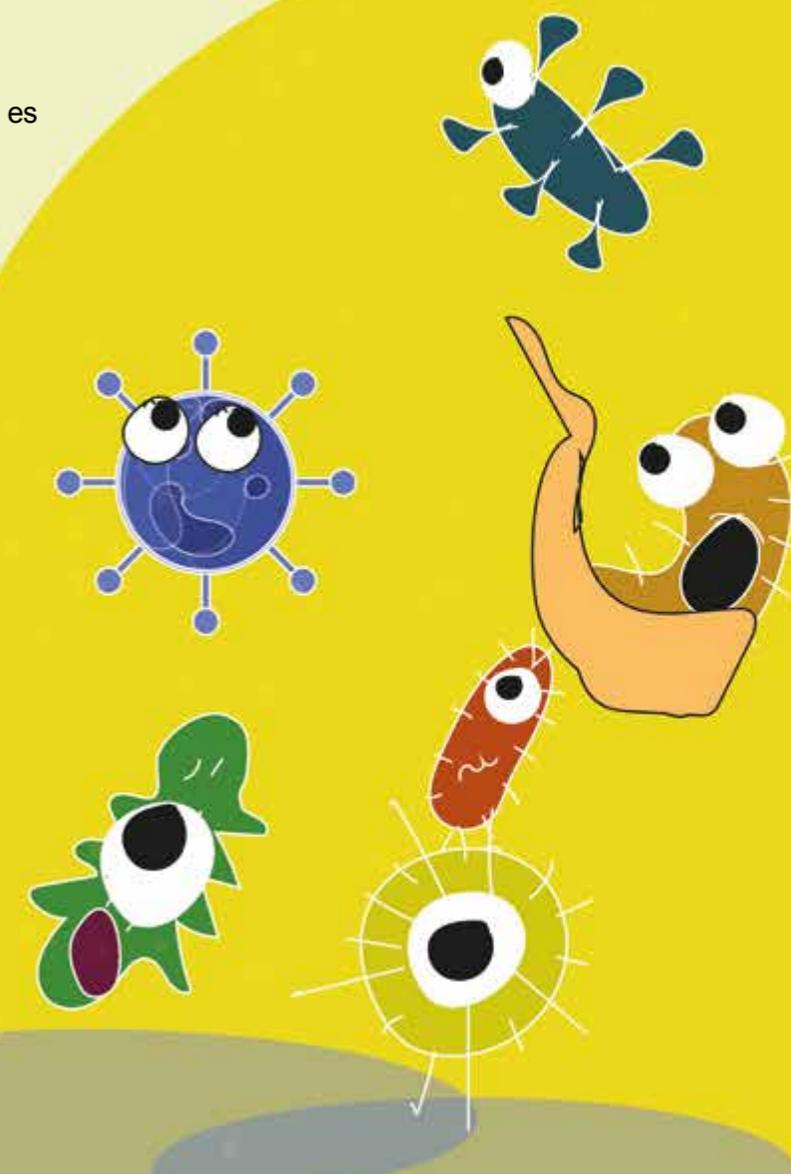


—Pues, ahora que me lo recuerdas, sí..., ¡vacunista! Ja, ja, ja.

—Pero, abuelo..., ahora en serio, ¿quieres saber lo que es un adyuvante o no?

—¿Adyu... qué? ¡No la he oído en mi vida, sí, claro que quiero saberlo!

—Ven, siéntate a mi lado, que la buscamos donde me dijo la doctora. ¡Mira, aquí está!: « Los adyuvantes son moléculas que introducimos en las vacunas cuyo objetivo principal es potenciar la respuesta inmune del organismo. Esto significa que las vacunas adyuvadas reducen la cantidad de virus o bacterias en cada dosis y eso facilita su producción».



—¿Y... entonces para qué sirven las vacunas adyuvadas?

—La doctora me explicó que, por ejemplo, en el caso de que hubiera otra pandemia las vacunas adyuvadas serían una de las mejores soluciones porque se podrían producir más dosis para proteger a todo el mundo.

—¡Qué interesante...! Uf, qué tarde, Bruno, debo irme ya. Seguiremos otro rato. Desconecta ya un poco y vete a dar una vuelta.

—¡Vale, dentro de un ratito! ¡Hasta mañana, abuelo!

—Hazme caso, anda. ¡Adiós, pequeño!



Al día siguiente quedé con la doctora Alegría, como siempre a última hora. Estábamos acabando ya nuestro trabajo y ella me quería enseñar sus últimas anotaciones.

—¡Vaya nieto majo que tienes! —me dijo mientras abría su ordenador—. Ya casi hemos acabado su trabajo del instituto. Ahora verás lo bien que está quedando.

—Pues sí, la verdad, mi Bruno es un chico muy especial. Ayer me estuvo explicando lo que eran los adyuvantes, que, por cierto, no tenía ni idea. Y me lo explicó muy bien.

—¡Lo pillas todo enseguida! Y, cambiando de tema, quería comentarte que tengo un amigo ilustrador que podría hacernos algunas ilustraciones. ¿Qué te parece?

—¿Un ilustrador, de verdad? ¡Es una idea estupenda, va a quedar genial! Pero ¿sabe lo que sería maravilloso, doctora?



—Pues no, cuéntame.

—Me encantaría que lo leyeran por todo el mundo y, sobre todo, que los padres que dudan si vacunar o no a sus hijos, no tengan ninguna duda después de leer nuestra historia.

—¡Sí, señor, sería maravilloso! Y yo añadiría una cosilla más: en el caso de que sigan teniendo alguna duda, que confíen en nosotros y nos pregunten sin miedo, así con esa facilidad con la que lo hace Bruno...

—¡Tienes razón, doctora! Esa confianza entre doctor y paciente es muy pero que muy importante.



—¡Aquí está, ya se ha abierto el documento! ¿Por dónde nos quedamos? ¡Hum...! Nos quedamos por aquí, ¿verdad? Sólo he escrito un pequeño resumen. Hablamos de tantas cosas que espero haberlo puesto todo. Nos ceñimos, sobre todo, a los conceptos que tenía que incluir en su trabajo, ya sabes: los portadores, las cepas, el proceso de desarrollo de una nueva vacuna y los ensayos clínicos. ¿Empezamos?

—¡Preparado! Si te parece, leo yo las intervenciones de mi nieto y tú las tuyas.

—¡Buena idea, vamos allá!

Y así fue como empezamos a leer el diálogo que la doctora Alegría y tú mantuvisteis durante tu última visita a su consulta...

—Entonces cuando hablamos de portadores nos referimos a personas que pueden transmitir una enfermedad contagiosa, ¿verdad?

—Así es, Bruno. Lo hemos vivido hace poco con el coronavirus, ¿te acuerdas? Los portadores tienen el virus o la bacteria en su organismo, pero no tienen ningún síntoma, por lo que aparentemente están sanos. Por lo tanto, esas personas, llamadas asintomáticas, son una gran fuente de contagio para los demás. Cuando se realizan las pruebas que así lo demuestra, han de aislarse para frenar la transmisión del contagio.

—¡Uf, menos mal! Sí, claro que me acuerdo. Las pruebas eran los test de antígenos y las PCR.

—Así es. Y lo más importante, Bruno. Después de la PCR, aunque el resultado nos diera negativo, debíamos quedarnos en casa, aislados, para no contagiar a nadie.

—¡Claro, doctora, por precaución! Podía salir negativo porque no se hubiera desarrollado todavía. Haber vivido esta pandemia me ha ayudado a entender aún más el mundo de las vacunas. ¿Le enseñó lo que he encontrado de cepa? La verdad es que esto me cuesta un poco entenderlo.

—A ver, ¿qué has puesto?

—Las cepas son un conjunto de virus o bacterias que comparten, al menos, una característica o variante genética. Gracias a ellas, los científicos identifican las enfermedades, las estudian y luego buscan los posibles tratamientos.

—La definición de cepa la has explicado bien, aunque no lo entiendas. Ya verás, te voy a poner dos ejemplos. ¿Has oído alguna vez la expresión «de pura cepa»?

—Sí, claro. El abuelo lo dice a todas horas.

—Pues esa expresión viene de aquí. Cuando decimos que algo es «de pura cepa» nos referimos a que es el meollo, el origen o la esencia de algo.

—¿Y el abuelo sabrá lo que significa «de pura cepa»?

—Pues, seguro que sí, Bruno. Si no, se lo cuentas tú, que le gustará saberlo. Hablando del abuelo, ¿sabes que tu abuelo se vacuna todos los años de la gripe, verdad?

—Sí, ya hace unos cuantos años que se la pone.

—¿Y no te has preguntado nunca por qué se vacuna cada año?

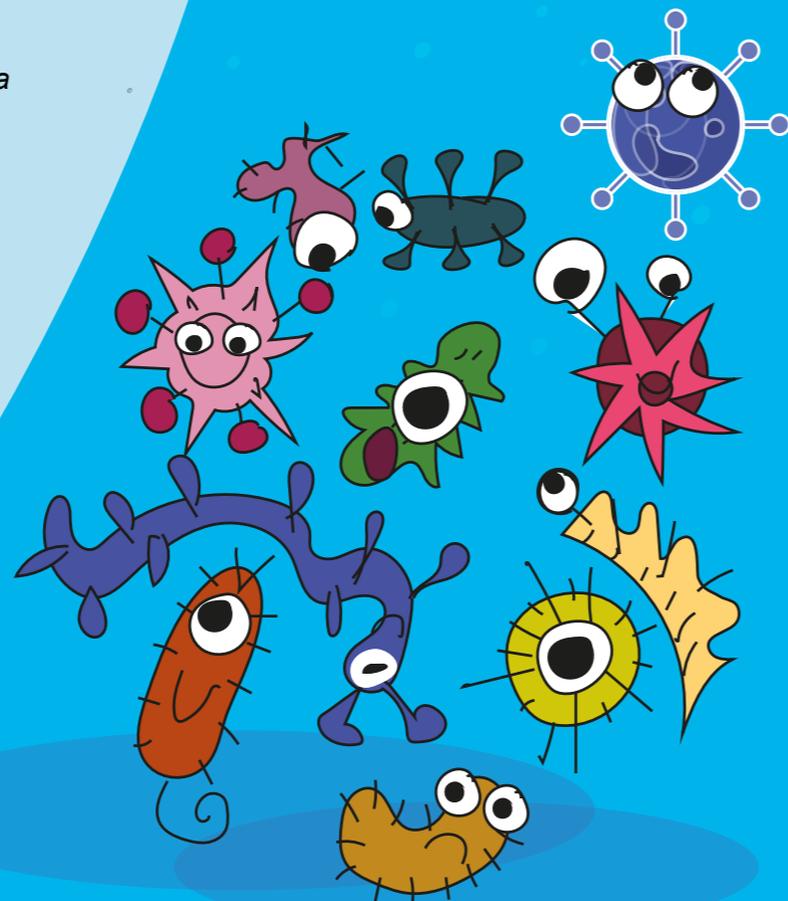
—¡Es verdad, pues no lo había pensado!

—Pues eso pasa porque las cepas de los virus de la gripe van cambiando, por eso cada año los científicos van modificando la vacuna, según la cepa.

—¡Ahora sí que lo tengo claro, doctora! Lo apunto en mi cuaderno, ¿vale?

—Tómate el tiempo que necesites...

—Ya he terminado. ¿Le puedo hacer una pregunta que no tiene que ver con mi trabajo?



—Claro, Bruno, ¿sólo una? ¡No me lo creo! Ja, ja, ja.

—Es que a veces pienso si hay alguna manera de predecir una pandemia. Igual que el hombre del tiempo puede predecir si al día siguiente va a llover o a hacer sol, pues eso...

—¡Buena observación! Pero me temo que no es tan fácil de predecir. Desgraciadamente, lo único que sabemos es que las pandemias han existido en el pasado, acabamos de vivir una y probablemente habrá otras en el futuro. Tenemos la suerte de contar con los medios necesarios para crear sus vacunas, así que lo verdaderamente importante, Bruno, es que luchemos unidos contra ellas para superarlas lo antes posible.

—Ya..., jo... Ese año íbamos todos con mascarilla a clase. Y por la calle también. Recuerdo que para frenar los contagios había horas en las que no podíamos salir a la calle... Bueno mejor hablamos otro día del coronavirus, ¿seguimos?

—Sí, claro, otro día hablaremos de la COVID-19. Ahora mejor centramos en tu trabajo.

—Sólo me falta lo del proceso de desarrollo de una nueva vacuna y los ensayos clínicos. Eso es fácil, no tengo ninguna duda. ¿Leo lo que he puesto?

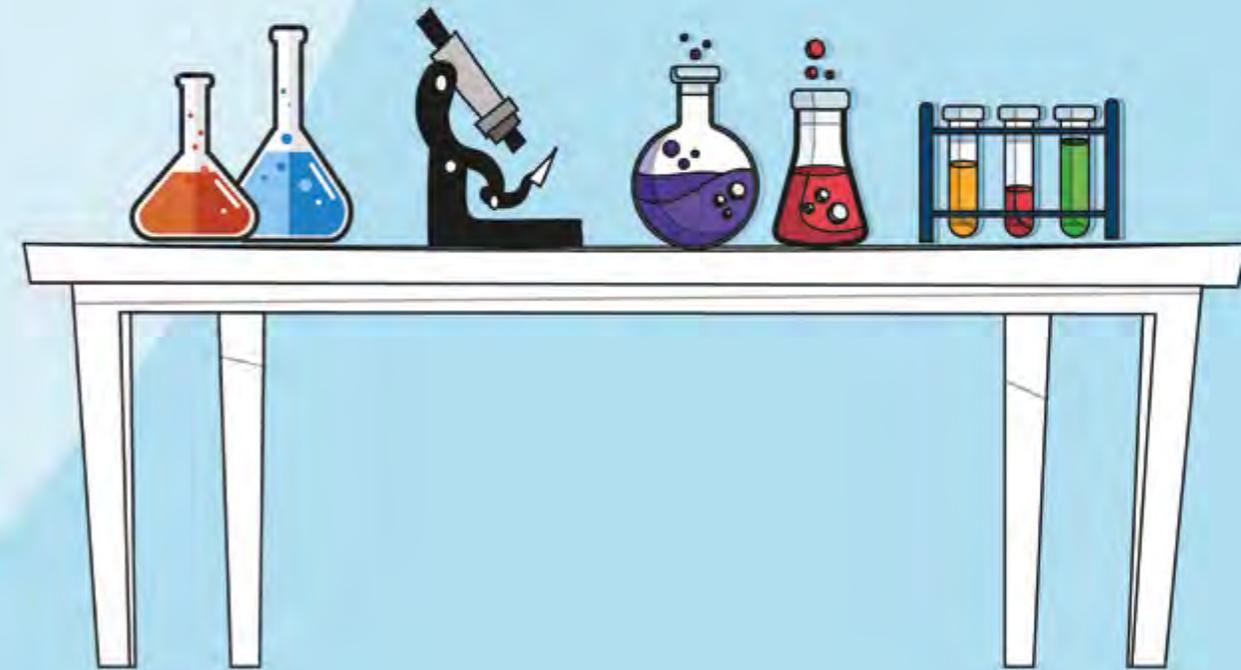
—Claro, estoy deseando oírte.

—El proceso de desarrollo de una nueva vacuna es tan complejo que puede durar años. La mayor parte del tiempo se invierte en realizar controles de calidad. Antes de probarse en los seres humanos se investiga en el laboratorio y luego se prueba en los animales. Así los científicos comprueban que además de ser segura, se produce la respuesta inmune necesaria. Luego se realizan los ensayos clínicos en los seres humanos, en los que al principio sólo participan algunas personas voluntarias. Solamente cuando se verifica que es segura y que se obtiene la respuesta inmune necesaria, es cuando se vacunará a un mayor número de personas, teniendo en cuenta siempre si es necesario administrar una dosis o varias. El objetivo principal de los científicos es buscar la seguridad de la nueva vacuna. Por eso los ensayos clínicos se pueden llegar a prolongar durante mucho tiempo.

—¡Muy bien explicado, Bruno! Sólo un pequeño comentario: ¿qué tal si desglosas un poco el párrafo? Quedará mucho más claro si enumeras el proceso de desarrollo.



—¡Vale, lo cambio!
—Y añadiría un pequeño detalle más: que en los casos de emergencia sanitaria, es decir, en el caso de que hubiera una pandemia, como la que acabamos de vivir, se aceleraría el proceso de investigación, desarrollo y fabricación de la vacuna. Eso sí, sin olvidar nunca su seguridad, calidad y eficacia.
—¡Perfecto, añadido! Ya le he contado que mi abuelo fue uno de los primeros en vacunarse de la COVID-19, ¿a que sí?
—Pues no, no lo sabía, Bruno, pero, vamos, conociendo a tu abuelo, no me extraña en absoluto.
—No la entretengo más por hoy, doctora, gracias por su ayuda.
—¡Estupendo! Enséñamelo cuando esté acabado del todo, ¿vale?
—Sí, claro, se lo enseñaré.





—Bueno, pues ésta fue nuestra conversación.

¿Le parece bien así o cambiamos algo?

—Bien, me parece perfecto, aunque pensándolo bien..., ¿sabe lo que cambiaría? Esa intervención final de la vacunación de la COVID-19. Mi nieto se empeña en contarle a todo el mundo que fui de los primeros en vacunarme y, al final, me voy a hacer famoso, ja, ja, ja.

—No, no, con la ilusión que le hace contarlo. Eso sí que no lo cambio.

—Pues entonces, no hay más que hablar.

—Me pondré en contacto con el ilustrador a ver si pudiera tenerlo preparado para la semana que viene, que es cuando tiene la cita para la vacuna, ¿verdad?

—Sí, sí, el viernes que viene.

—Y, por cierto..., ¿cómo lo titulamos?

—Es verdad, no había pensado en el título. Ya pensaré. Si se le ocurre a usted, me dice.

—Vale, y, si no, que lo elija él.

—¡Buena idea, hasta la semana que viene entonces!

— ¡Adiós, nos vemos!



Dos días antes de ponerte la vacuna la doctora me envió el cuento ilustrado. ¡Había quedado realmente precioso! Sólo faltaba un pequeño detalle. No nos poníamos de acuerdo para elegir el título. Al final, decidimos que lo mejor sería que lo eligieras tú.

—Abuelo, ¿sabes qué? Estoy un poco triste. Ésta es la última vacuna que me pondré con la doctora Alegría. A partir de ahora iré al médico de papá y mamá.

—Claro, es lo que tiene cumplir años, que te haces mayor. Pero no te preocupes, estoy seguro de que jamás olvidarás a la doctora Alegría. Además, seguro que seguiréis quedando algún rato.

—¡Me ha ayudado un montón! Mira, he traído mi trabajo para enseñárselo.

—Creo que ella también tiene algo que enseñarte.

—¿Ah, sí?, ¿a mí?

—¡Ahora lo verás, sorpresa!



Cuando llegamos al consultorio no había nadie esperando en la consulta, así que toqué y pasamos.

—¡Adelante, os estaba esperando!

—dijo emocionada.

—Hola, doctora. Le he traído mi trabajo.

—¡Estupendo, Bruno! Pero antes de enseñármelo, déjame que tu abuelo y yo te demos algo que te hemos preparado con mucho cariño.

—¿Los dos?,

¿habéis preparado algo para mí...?

—Sí, es un regalo especial

—dijo mientras lo sacaba de su cajón—. Toma.

Esperamos que te guste.

Al principio, una enorme sonrisa se dibujó en tu cara al hojear las páginas del cuento. Luego, unas tímidas lágrimas de alegría empañaron tu rostro.

—¡Venga, Bruno, no llores, que lo vas a mojar!

—¡Es un cuento, qué dibujos más bonitos!

¡Si soy yo el protagonista! Abuelo, sales tú también y la doctora...

—¡Claro, es tu historia, Bruno!

—¡Me encanta, es precioso, gracias!

Se lo enseñaré a mis amigos.

Y se lo leeré a Nicolás para que no tenga miedo a las vacunas.



—Sólo hay un pequeño problema.
—¿Qué problema?
—¡Que no tiene título!
—¡Ah, vale, no pasa nada! Cuando lo lea en casa con Nicolás, pensaré en uno.
—¡Estupendo!

Nos fuimos a casa con la vacuna puesta y tu cuento en la mochila. En cuanto llegamos le pediste a mamá si podías leerle el cuento a tu hermano antes de comer. Mamá te dio permiso y os fuisteis a tu cuarto. Nicolás escuchó tu cuento sin pestañear ni un momento y cuando terminaste de leérselo su primer comentario fue:

¡BRUNO, YO TAMBIÉN ME VACUNO!

Entonces te quedaste un momento mirándolo sorprendido porque, sin saberlo, él acababa de elegir el título de tu precioso cuento.



Epílogo.

Como has visto, tanto Bruno, como Nicolás, como su madre y su abuelo se han ido vacunando a lo largo de las páginas del cuento. Y éste es un mensaje muy claro en los momentos actuales: las vacunas no son sólo para los niños. Las vacunas se utilizan en todas las edades, desde el embarazo hasta las personas mayores de 65 años. En cada edad hay un momento para recibir una vacuna.

En el Prólogo decía que el libro que tienes en tus manos tiene el formato de un cuento, pero no es un cuento cualquiera, ni siquiera es un “cuento chino”.

Porque los “cuentos chinos” son fábulas, incluso pueden ser mitos o creencias, y a veces en nuestra cultura, cuando nos referimos a un “cuento chino” nos estamos refiriendo a un bulo o una mentira. Pero en el cuento que tienes entre tus manos no hay una sola mentira, es una cálida historia de complicidad entre un abuelo, su nieto y la pediatra, que a lo largo de sus 28 páginas va contando, página a página, qué es una vacuna, para qué nos vacunamos, cómo funcionan las vacunas, porqué es importante vacunar...: las mismas preguntas que se hacen a diario miles de padres cuando tienen que empezar a vacunar a sus hijos sanos, a veces con temores y dudas, porque han oído que las vacunas pueden no ser seguras, o pueden tener efectos secundarios.

Y es que, desafortunadamente, hay muchos padres con reticencias o dudas ante la vacunación de sus hijos, porque desde hace unos años circulan por internet (por medio del conocido “Dr Google”) o por las redes sociales, numerosas noticias falsas, con datos, mitos y creencias, que hacen que, padres no bien informados, decidan no vacunar a sus hijos, poniendo en peligro su salud. Y estos bulos y creencias en torno a las vacunas son difundidos por los conocidos como movimientos antivacunas, y para ello se valen del anonimato de internet y las redes sociales.

Un buen consejo, es que, si quieres resolver tus dudas respecto a las vacunas, preguntes directamente a tu profesional sanitario, a tu pediatra, a tu médico, a tu enfermera, a tu farmacéutico. Y si quieres tener respuestas a tus dudas por medio de internet, accede sólo a páginas seguras basadas en la evidencia científica.

Los padres con dudas sobre las vacunas, una vez que las resuelven, siguen los consejos de sus pediatras, autoridades sanitarias y sociedades científicas, y mantienen el calendario de vacunaciones vigente en nuestro país, a diferencia de los movimientos antivacunas, que creen, como un dogma de fé, que la vacunación es perjudicial, y dejan de vacunar a sus hijos, a pesar de la evidencia científica sobre la seguridad y la eficacia de las vacunas.

Los movimientos antivacunas son tan antiguos como las propias vacunas: surgieron casi al mismo tiempo que la primera vacuna, la vacuna frente a la viruela. Y creo que vale la pena que contemos brevemente cómo surgieron las vacunas: en 1796, Edward Jenner, un médico rural inglés, al que se considera el padre de vacunología moderna, comprobó que las ordeñadoras de vacas estaban en contacto con la viruela vacuna, una enfermedad benigna para ellas, y sin embargo no enfermaban de la viruela humana, enfermedad mucho más grave, y que en esos años provocaba cientos de miles de muertos en el mundo. El Dr Jenner observando ese fenómeno, demostró que variolizando a un niño a partir de las lesiones de las manos de las ordeñadoras, ese niño quedaba protegido de la viruela humana. El Dr Jenner investigó, y publicó, que el niño James Phipps, que ese era el nombre del niño en cuestión, semanas después del variolización, y al ponerse en contacto con la viruela humana no contrajo la enfermedad: ahí comienza la era moderna de la vacunación.

Y tan sólo seis años después, surgieron en el Reino Unido las primeras publicaciones de una llamada Sociedad Antivacunas, que trató de ridiculizar y echar por tierra los primeros argumentos científicos del comienzo de las vacunas. Incluso algunos colegas médicos del propio Dr Jenner ponían en duda la eficacia de su descubrimiento.

Unos años más tarde, en 1803, zarpó del puerto de La Coruña un barco, el María Pita, rumbo a los territorios que poseía España, en América y Filipinas, con el objetivo de variolizar al mayor número de población posible, y de esa forma controlar los estragos que la viruela estaba causando en aquellos territorios de ultramar. El barco fue conocido como el barco de la vacuna, y la expedición científica que viajaba en él, la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna, considerada la primera gran expedición sanitaria de la historia. La expedición estaba formada por 22 niños huérfanos, de entre 3 y 9 años, acompañados por la rectora del orfanato, Isabel Zendal, que ejercía funciones de enfermera, y varios médicos (Francisco Javier Balmis, director de la expedición, y José Salvani, entre otros), ilusionados en llevar a América el fluido vacunal que inmunizase frente a la viruela humana a miles de personas expuestas a esta grave enfermedad. No quiero extenderme en este relato, pero creo que ha valido la pena que conozcamos cómo surgieron los primeros momentos del inicio de la vacunación en el mundo.

La historia es larga, pero con un final feliz. Los movimientos antivacunas continuaron, y aún continúan, sembrando sus dudas sobre la eficacia y la seguridad de las vacunas, pero la ciencia ha continuado avanzando, y dos siglos después del descubrimiento del Dr Jenner, tras amplias campañas mundiales de vacunación, se consiguió eliminar definitivamente a la viruela del mundo. En el año 1979, la Organización Mundial de la Salud (OMS), declaró erradicada la viruela, salvando la vida de cientos de miles de personas, pero lo más importante, demostrando que las vacunas funcionan, salvan vidas, y que gracias a ellas se pueden controlar, eliminar y erradicar enfermedades que provocan muertes y sufrimiento. Ése es el objetivo de las vacunas.

Hasta hace unos años, las vacunas eran sólo para los niños. Pero las enfermedades infecciosas no entienden de edades, y hoy hablamos de vacunas para todas las edades de la vida, protegiendo también a las embarazadas, a los adultos y a las personas mayores frente a distintas enfermedades que pueden provocar complicaciones graves a quienes las sufren.

Cuando estoy escribiendo el epílogo para nuestro querido cuento, el planeta está viviendo la pandemia por el SARSCoV-2, que ha puesto al mundo “patas arriba” y ha generado la necesidad de investigar, con carácter de urgencia, para el desarrollo de nuevas vacunas frente a un nuevo virus desconocido por la humanidad.

No debemos olvidar que epidemias y pandemias y otras catástrofes sanitarias han convivido con la humanidad durante siglos, y me ha parecido oportuno hacer estos comentarios en el epílogo del cuento, para que tengamos muy presente que es responsabilidad de todos cuidarnos a nosotros mismos, a los que nos rodean, y también a nuestro planeta.

En el momento de escribir estas notas, finales de diciembre de 2020, y desde marzo, se han puesto en marcha más de 200 ensayos para el desarrollo de posibles vacunas frente a la COVID19, y de ellas diez, están en las últimas fases de los ensayos clínicos en Fase 3 para completar las fases de seguridad, inmunogenicidad y eficacia. De hecho, el día 8 de diciembre se inició la vacunación en el Reino Unido, y la semana próxima se iniciará la vacunación en Estados Unidos, Canadá, México y varios países más, y si la hoja de ruta se mantiene, en el primer semestre de 2021 comenzarán a gran escala las siguientes vacunaciones que marquen el comienzo del fin de esta pandemia.

Las vacunas nos protegen frente a enfermedades inmunoprevenibles, y por ello tenemos que mantener la confianza en la seguridad y eficacia de las vacunas por parte de la población. Las vacunas siguen siendo necesarias en el Siglo XXI, y más que nunca debemos tener presente que las vacunas por sí solas no salvan vidas, lo hace la vacunación.

Santa Cruz de Tenerife, a 12 de diciembre de 2020.

Luis Ortigosa.

Pediatra. Presidente de la Sociedad Canaria de Pediatría de Santa Cruz de Tenerife.

Miembro del Grupo Técnico de Vacunas del Gobierno de Canarias, y Asesor Interno del CAV-AEP (Comité Asesor de Vacunas de la Asociación Española de Pediatría).

Para saber más sobre las vacunas...

<https://www.mscbs.gob.es/profesionales/saludPublica/prevPromocion/vacunaciones/calendario-y-coberturas/home.htm>

https://www.mscbs.gob.es/profesionales/saludPublica/prevPromocion/vacunaciones/calendario-y-coberturas/calendario/Calendario_CCAA.htm

Con el patrocinio de:

